

PERSPECTIVAS

SANTIAGO: DE LA IDENTIDAD AL ANONIMATO

Santiago es un ejemplo palmario de lo que ocurre en las ciudades contemporáneas: tributaria del trazado hipodámico, su núcleo central es un caleidoscopio de patrones culturales diversos, de intentos malogrados, de combinaciones azarosas. Finalmente, de un producto empobrecido.

ANTONIO SAHADY

Doctor en Arquitectura, Universidad
Politécnica de Madrid.
Director del Instituto de Historia y
Patrimonio,
Facultad de Arquitectura y
Urbanismo, Universidad de Chile.





Lo habitual en la ciudad de hoy en día es la producción de edificios discordantes. Emergen desde las caries de la ciudad con una desfachatada indiferencia para con el contexto inmediato. Sólo importa su lucimiento, como si se les hubiese inyectado el egotismo propio de sus autores. No quiere decir esto que la arquitectura discordante sea de mala calidad. De hecho, hay edificios extraordinariamente bien elaborados como objetos. Como si su norte fuese romper la armonía existente, oponiéndose brutalmente al entorno. Para sus autores, una posición distinta sería poco original y creativa, casi un fracaso.

Se puede afirmar, sin temor a equívocos, que la arquitectura de calidad –o la arquitectura, a secas– precisa de telones neutros para que así sobresalgan las obras que merecen lucir sus atributos. Como los silencios en la música. O la melodía que subyace. Una ciudad bella no se hace con una cadena ininterrumpida de obras maestras. Antes bien, es el fruto de esa rara armonía que produce la concatenación de ciertas construcciones austeras y democráticas. Se trata, ni más ni menos, de la sencilla secuencia de casas que configuran las calles comunes. Y son, en justicia, las calles comunes las que otorgan verdadera identidad a un centro urbano.

Es preferible desconfiar de las ciudades sembradas de edificios grandilocuentes, que aspiran a ofrecer novedades periódicas, por cuanto lo más probable es que estén lejos de alcanzar un destacable grado de unidad. En cambio, aquellas cuya belleza es indiscutible deben una buena parte de sus méritos al telón de fondo, a esa cautivante sucesión de edificios que, sin ser distintivos, tienen la bondad de ser neutros. No es fácil, por cierto, conseguir esa unidad, como no es fácil diseñar un edificio neutro, considerando que los arquitectos suelen ser víctimas de su incontenible vanidad.

No es extraño, entonces, que nazcan edificios en los cuales la panoplia de elementos formales sea la desafortunada sumatoria de manifestaciones ajenas y desconcertadas.

Como otras ciudades latinoamericanas, Santiago responde plenamente a ese modelo. Su metamorfosis parece no tener fin y cada vez quedan menos vestigios de la homogénea imagen decimonónica. Sin pretender que cada intervención sea un dechado de virtudes, se

“Es preferible desconfiar de las ciudades sembradas de edificios grandilocuentes, que aspiran a ofrecer novedades periódicas, por cuanto lo más probable es que estén lejos de alcanzar un destacable grado de unidad”.

aspira a conseguir, al menos, una continuidad visual. Las bondades heredadas se desvanecen, irremediablemente.

Se sabe que la normativa es laxa, que permite demasiado: en materia de alturas, de volúmenes diversos, de expresiones disonantes. Las propias autoridades, cuya aspiración mayor consiste en densificar el centro de la ciudad –insensibles a la armonía o, al menos, a cierto grado de coherencia morfológica– desconocen la observancia de las leyes. Han manifestado su interés por cautelar los edificios de valor –ya es algo–, mas no las zonas que se encuentran influenciadas por esos edificios de valor. Y es ahí, precisamente, donde acechan las mayores amenazas.

Con todo, la ciudad ofrece en algunos fragmentos centrales, gracias a su temprana consolidación, una rica gama de

espacios de promisorio potencialidad, aún intacta. Existe un buen número de obras de notable calidad arquitectónica, cuyos autores estuvieron mucho más comprometidos con el buen resultado colectivo que con su gloria personal o la de los mandantes.

Ordenar hoy día el centro de Santiago no significa procurarle una homogeneidad a ultranza: nada más lejos de una solución realista. A la ciudad hay que dejarla ser y una vez que haya encontrado su propia vocación, entonces merece la pena encauzarla. Los totalitarismos formales podrían ser mucho más graves que la dispersión heterogénea de volúmenes.

Se trata de conseguir, en tanto se pueda, un orden orgánico, fruto de la especial morfología de sus manzanas y de la geometría del trazado. Un orden que reconozca y haga suyos los valores espaciales tradicionales para integrarlos a las transformaciones contemporáneas. Un orden que reconozca las huellas de la historia y las estampe en la nueva imagen que persiguen autoridades y consorcios inmobiliarios, que capitalice el eclecticismo formal que campeó en el siglo XX, pero que sea capaz, por encima de todo eso, de armonizar sus fragmentos disímiles. ■

